



EDITORIAL

¡Estamos de celebración!

A los seres humanos nos gustan los símbolos. El Boletín cincuenta es un bonito símbolo. Cumplir este número de ediciones significa que llevamos nada menos que veinticinco años fieles a nuestra cita semestral. ¡Son nuestras bodas de plata *boletíneras*!

De manera ininterrumpida, el Boletín ha procurado compartir experiencias y despertar reflexiones en torno a la interpretación del patrimonio. Sus páginas han recogido desde sesudos planteamientos a crónicas a pie de guía, procesos de planificación, decálogos de buenas prácticas y referencias de libros pertinentes para nuestra profesión.

Cincuenta es una cifra igual de importante que cuarenta y nueve, pero ¡somos así! Estas cifras redondas nos gustan y nos motivan a la celebración, son una buena excusa para detenernos y evaluar el camino recorrido como Boletín, pero también como disciplina. Y es que, aunque nuestro leitmotiv ha sido la interpretación del patrimonio, quizá ni en eso nos hemos logrado poner de acuerdo. Las distintas perspectivas enriquecen, aunque es necesario un mínimo consenso en cuanto a las bases de la disciplina, para que no se diluya la cuestión y se llame interpretación a cualquier tipo de comunicación que verse sobre el patrimonio.

Este asunto no es banal, y tal vez requiera de un nuevo debate entre las personas que nos dedicamos a la interpretación del patrimonio, porque si bien en estos años hemos presenciado la popularización del término y hemos sido testigos, o quizá partícipes, de la proliferación de centros de interpretación, paneles interpretativos, rutas interpretativas, etc., muchas veces hemos manifestado como colectivo que el término se está utilizando de manera incorrecta e incluso antagónica a lo que defendemos.

En el primer número del Boletín, allá por 1999, ya se recogía el siguiente ruego clamado desde el grupo promotor de la AIP:

«Que no se utilice más ante el visitante la palabra INTERPRETACIÓN (centro de *interpretación*, itinerario *interpretativo*, etc.), puesto que: a) no contribuye en nada al entendimiento y desarrollo de esta disciplina, y b) el público agradecerá el uso de términos más sencillos y menos pretenciosos».

Con mayor motivo, como profesionales debemos reclamar el que no se use esta denominación en aquellos casos en que ni siquiera con una actitud benevolente se puedan considerar ciertas intervenciones como mínimamente interpretativas.

¿Aprovechamos estas bodas de plata editoriales para firmar un nuevo compromiso con la interpretación? ¿Nos comprometemos a reivindicar que no se use el nombre de la interpretación del patrimonio en vano?

¿Y si también añadimos otros compromisos? Tales como no dejarnos cegar por las nuevas tecnologías, sino utilizarlas como herramientas al servicio de una buena comunicación, pero que nunca nos hagan perder nuestra esencia y nuestro talento humano. Buena parte de los artículos de este número giran en torno a esta cuestión.

El primer texto es de Sam Ham, profesor y autor de referencia a lo largo de décadas. Sam hace una muy sentida reflexión sobre cómo han ido evolucionando los medios interpretativos, y cómo ha visto él ese proceso. Nos comenta su fascinación por muchos de esos soportes y aparatos, y su pasión por un dispositivo muy especial.

Nuestra compañera Araceli Serantes (Boli) desarrolla una interesante reseña sobre una reciente publicación titulada «*Interpretación del patrimonio en museos y lugares culturales*», que se suma a la bibliografía, que ya podemos calificar de extensa, sobre nuestra disciplina.

El tercer artículo lo comparten nuestras colegas de la AIP Mavi Lezcano, Isabel Luque, M. Victoria Madrid y Maribel Rodríguez. Describen el proyecto europeo «Hacia un Curriculum Europeo en Interpretación del Patrimonio» (TEHIC, sus siglas en inglés). Presentan la estrategia y objetivos del proyecto, incluyendo la referencia a un producto ya realizado: un manual de buenas prácticas en interpretación, con el análisis de diversos casos.

A continuación, Óscar Navajas nos relata sus impresiones durante la visita a una intervención artística en el Norwich Castle Museum & Art Gallery (Norfolk, Reino Unido). Considera que esa intervención es un ejemplo de cómo la provocación activa nuestras neuronas, y le encuentra un claro paralelismo con una de las metas de la interpretación: «poner boca abajo», en un sentido cognitivo y emocional, los imaginarios del público.

En el quinto artículo, Carlos González, «contador de estrellas», nos abre la mente a cómo aplicar la interpretación a la divulgación de la astronomía *in situ*. Brinda unas recomendaciones básicas para realizar este tipo de experiencias y contrasta su manera de hacer con los parámetros de la interpretación del patrimonio.

Cerramos con el artículo de Inari Albirena, quien, como contrapunto al artículo inicial de Sam Ham, aterriza en el presente haciendo un análisis de las ventajas y peligros de una nueva tecnología para nuestro campo profesional: la Inteligencia Artificial.

Y sin darnos cuenta hemos recorrido un cuarto de siglo con este Boletín de Interpretación. Gran parte de ese camino lo hicimos con nuestro querido compañero «Nutri», así que también queremos unirlo a esta conmemoración, expresando nuestro cariño y reconocimiento.

Aprovechando que estamos de celebración, estrenamos nuevas galas, con una renovada imagen del Boletín de Interpretación que esperamos sea de vuestro agrado y que nos sigáis acompañando en esta travesía, al menos otros veinticinco años más.

Esperamos que disfrutéis con este simbólico número 50. □

Jorge Morales Miranda

María Benítez Mengual

EQUIPO EDITOR